

CULTURA Y ESPECTÁCULOS

EL CUARTETO CASALS SE LANZA A LA CONQUISTA DE SALZBURGO

Tras cuatro años paseándose por algunas de las mejores salas de conciertos del mundo, el joven grupo de cuerda español, creado en 1997 en el seno de la Escuela Reina Sofía, realiza hoy su debut en el prestigioso festival austriaco. Por Lourdes Morgades

Un cuarteto de cuerda está integrado por cuatro músicos, pero la suma de cuatro instrumentistas no siempre da como resultado un cuarteto. Igual pasa en el mundo del deporte, para que la suma de individualidades funcione, el resultado debe ser un equipo. Y el Cuarteto Casals —Vera Martínez (Madrid, 1978), primer violín; Abel Tomàs (Barcelona, 1980), segundo violín; Jonathan Brown (Chicago, 1974), viola; y Arnau Tomàs (Barcelona, 1973), violonchelo— es un equipo; un equipo joven surgido en 1997 en el seno de la Escuela Reina Sofía que juega en la liga musical de primera división y el único cuarteto de cuerda español que ha conseguido el reconocimiento internacional.

Con sólo ocho años de vida, el grupo lleva cuatro paseándose por algunas de las mejores salas de conciertos de medio mundo y hoy se lanzan a la conquista de Salzburgo convirtiéndose en el primer cuarteto de cuerda español que debuta en el prestigioso festival austriaco.

Vocación

Si sobrevivir en el desolador panorama de la música de cámara en España resulta una heroicidad, alcanzar el reconocimiento internacional siendo un cuarteto de cuerda español es una quimera que el Casals, nombre elegido en honor del célebre violonchelista catalán, ha hecho realidad desde una cuestionable vocación camerística, sobrada cualidad individual, trabajo riguroso y serio y grandes dosis de ambición. “Nacimos como cuarteto con la vocación de invertir fuerte en nuestra formación sin escatimar recursos. Nos pasamos tres años en Colonia trabajando con el Cuarteto Alban Berg, hemos asistido a cursos de verano por doquier con los profesores que más nos han interesado y nos hemos hartado de recibir clases. Lo que hemos logrado es el resultado de todo ello. Si no hubiéramos obtenido la respuesta que hemos tenido de programadores y público, hubiera sido lamentable. La reacción que hallamos es lógica, porque en nosotros han descubierto calidad”, asegura Arnau Tomàs.

Dado el pobre panorama español en música de cámara, el Casals tomó desde el principio Europa como punto de referencia. “¿Que somos el primer cuarteto español internacional? Nos da un poco igual, porque desde los inicios nuestra voluntad de proyección era internacional, aunque en España nos hemos sentido correspondidos, pero ésta no era nuestra meta”, reflexiona Abel Tomàs. “Ser un cuarteto español proporciona un factor sorpresa”, apunta Vera Martínez. “Procedemos de un país sin tradición, con lo que no existen prejuicios sobre nuestra manera de tocar”. “Todo el mundo se pregunta ¿cómo sonará un cuarteto español?”, tercia Abel. “Nos escuchan con los oídos más



El Cuarteto Casals: Vera Martínez, Arnau Tomàs, Jonathan Brown y Abel Tomàs (de izquierda a derecha). / VICENS GIMÉNEZ

Arrojo y un punto de chulería

A la hora de elegir el programa que esta tarde interpretarán en la Gosse Universitätsaula de Salzburgo, al Cuarteto Casals no le ha faltado arrojo y un punto de chulería, que musicalmente y en el mundo de los cuartetos de cuerda son tan buenas cualidades

como la disciplina de grupo y la prudencia, de las que tampoco carecen. En su primer concierto en tierra austriaca —“plaza difícil Austria”, reconoce Arnau Tomàs— no han dudado en incluir un cuarteto de un compositor del país, el *Rosamunda*, de

Schubert, junto al Cuarteto nº 3 del español Juan Crisóstomo Arriaga y el Cuarteto nº 3 del ruso Dmitri Shostakóvich. Si en 2002 convencieron a los alemanes de Hamburgo que tocaban Brahms, para más señas hamburgués, mejor que ellos al ganar el

Concurso Internacional Johannes Brahms de Hamburgo, por qué iban a cortarse un pelo a la hora incluir un cuarteto de Schubert en su debut en el país del compositor austriaco. Y es que si de algo van sobrados estos cuatro jóvenes, además de ambición, es de seguridad en sí mismos.

abiertos. Hemos desarrollado un estilo, exótico desde la óptica extranjera, que fuera de España resulta interesante”, señala Brown.

Para los cuatro, tocar en el Festival de Salzburgo es un punto de inflexión en su carrera. “Austria es un país difícil y el de Salzburgo uno de los festivales más importantes del mundo, y aunque para nosotros es un peldaño más en nuestra carrera no hay duda de que este concierto va a ser más decisivo que cualquier otra de nuestras actuaciones”, reconoce

Arnau. “Hay salas de conciertos en las que actuar en ellas implica consecuencias, entre ellas nuevos contratos en nuevas plazas, y el Festival de Salzburgo es uno de esos lugares”, afirma Jonathan.

Aunque contratos no le faltan al Cuarteto Casals, cuya agenda está prácticamente llena hasta otoño de 2006. Tras Salzburgo les esperan tres actuaciones en España, el próximo jueves en el Festival Pau Casals de El Vendrell (Tarragona), el 2 de septiembre en la Schubertiada de Vilabertran (Gi-

rona) y el 5 de septiembre en San Sebastián. Luego, actuaciones por Alemania, República Checa, Holanda, Bélgica, Francia, Suiza, giras por Japón, Italia, Estados Unidos. Y las clases, son profesores de música de cámara de la Escuela Superior de Música de Cataluña y de la de Zaragoza, además de los discos. Acaban de grabar la integral de los cuartetos de juventud de Mozart que Harmonia Mundi publicará este año y ya preparan un nuevo disco con obras de Falla, Turina y Toldrà.

FESTIVAL DE LUCERNA

Desde el sosiego

J. Á. VELA DEL CAMPO

Le ha tocado al joven director inglés Daniel Harding bailar con la más fea, al situarse sus dos conciertos con la Mahler Chamber Orchestra justamente entre los de Claudio Abbado y la Orquesta del Festival de Lucerna, con el clima emocional que generan las comparecencias del maestro milanés. Harding, en cualquier caso, no se ha achantado y así ha subido a los atriles obras de Schönberg y Mahler en su primer programa, y de Elgar y Brahms anteaer. El director mimado de Stéphane Lissner (este año abre la temporada de La Scala de Milán con *Idomeneo*, de Mozart), formado con figuras de la categoría de Rattle y Abbado, es, como mínimo, audaz. Se enfrenta a los retos con valentía.

A priori, lo menos complicado parecía el *Concierto para violín, opus 61*, de Elgar, por la correspondencia y complicidad inglesas y, sobre todo, por contar con un solista tan solidario como Kolja Blacher, ex concertino de la Filarmonía de Berlín y en la actualidad primer violín de la Orquesta del Festival de Lucerna. El primer movimiento hizo presagiar lo peor. Harding dirigió impulsivamente, pero de una forma rutinariamente previsible, con poca variedad de recursos, batiendo repetidamente de abajo hacia arriba con la mano izquierda y desplegando elásticamente la batuta con radios amplios en todas las direcciones con la derecha. Con mucha energía y poco matiz, como si las ideas estuviesen estancadas. Blacher estaba en otro mundo con su violín.

Contención

Algo debieron hablar aprovechando una pausa facilitada por la lentitud en la incorporación a sus localidades de una pareja de rezagados espectadores, porque todo cambió en el segundo movimiento y se mantuvo en el tercero. De entrada, apareció la elegancia en el fraseo y la compenetración ceñida con el solista. Pero lo más importante es que se empezó a sentir la atmósfera sonora del compositor inglés, y la contención y el buen gusto ocuparon el lugar de la efusión y desmesura juveniles. Blacher estuvo espléndido —con belleza de sonido y equilibrio en la línea— y el concierto terminó en punta.

Quedaba lo más difícil: la *Cuarta sinfonía*, de Brahms, esa obra maestra llena de complejidad y hermosura crepuscular. Pues bien, Harding no solamente cumplió sino que sorprendió con una lectura sosegada, contemplativa, con un sonido limpio y cálido, incluso pastoril. Los tres primeros movimientos se desarrollaron en una atmósfera sin ningún tipo de retórica. La atractiva fórmula camerística se aplicó asimismo al cuarto, pero las cosas no fluyeron con la misma capacidad de convicción. Faltó, quizá por ir hasta el final con una lectura coherente, grandezza, monumentalidad, aliento poético en ese diálogo-homenaje con la música de Bach. Pero lo escuchado hasta entonces había valido la pena. Y, las cosas como son, tiene más mérito salir airoso con Brahms que con Shostakóvich o Schönberg, pongamos por caso.